

EN NOMBRE DEL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA...

EL DOCTOR FLORESTAN AGUILAR, ACADÉMICO DE LA NACIONAL DE MEDICINA

EN nombre del Gobierno de la República...

Con un leve trémolo en la frase, el conde de Gimeno—serenidad y severidad científicas en el ápice de una vida de intensa laboriosidad patriótica—impuso al vizconde de Casa Aguilar la medalla de académico.

En el ámbito del severo salón, los aplausos tuvieron un sonido de tonos cordiales, con el eco rumoroso de una sinceridad muy íntima que saltaba de todas las manos.

Al escuchar la admirable pieza doctrinal del nuevo académico, observando el amontonamiento preciso y rotundo de sus documentos iconográficos, y atendiendo, en fin, a la arquitectura sobria y sólida, que sin olvido de un detalle importante ofrecía el conjunto perfecto del discurso, todo luz sobre el tema del origen castellano del prognatismo en las dinastías que reinaron en Europa, yo recordaba de otro sabio maestro que también construía con esa difícil facilidad las teorías de sus investigaciones que luego habrían de pasar a ser demostraciones incontrovertibles. Y al fondo y a la derecha del estrado, la figura de don Santiago Ramón y Cajal, atento a la lectura dilectísima, desde el lienzo que decoraba el salón, parecía seguir, con la inquietud perenne por saber, la oración perfecta de don Florestán Aguilar.

Mas luego, en las frases aromadas de una emoción toda salida del alma con que el doctor Slocker contestó al recién llegado académico, todavía yo creí palpar los ecos de las lecciones de aquel ilustre historiador. Fué singularmente cuando en el recuento de los méritos de Aguilar hubo de destacar el más alto, el más bello, el que mereció del concurso una ovación henchida de cariño para María, la heroína tenaz y silenciosa de la vida fecunda cuyo homenaje culminaba.

Bastante atrás ya en mi vida, recordé de aquel libro, casi novela, que cayó en mis manos no sé por qué al par que la *Histología*; y como ésta y aquél eran del mismo autor, confieso que me dolió comenzar la lectura, a fuer de estudiante poco aprovechado. Hasta que un día, huyendo de la teoría celular, me refugié en *Los tónicos de la voluntad*.

Fué como un ingenuo descubrimiento, tal que una revelación; y al dar con el capítulo en el que, de mano maestra, las reglas y consejos al aprendiz de Biología se concretan en indicaciones precisas y preciosas para la elección de compañera, declaro que me identifiqué, hallándome tan perfectamente interpretado con aquel sapientísimo criterio, que, naturalmente, yo no habría sabido exponer, pero que venía a ser como la normal orientación del hombre consciente.

Así, oyendo a Slocker hablar con acento cálido de María Aguilar, la mujer de este

sabio odontólogo que trae a la Academia Nacional todos los prestigios de una obra personal, extraordinaria y valiosísima, pensé, como Cajal escribiera—aun no conociendo a la ilustre dama—que el secreto del triunfo del académico no está sólo en los frutos de su inteligencia, sino en las flores que ella puso sobre los guijarros del largo sendero, cuando al comienzo de su camino los rumbos en todas las direcciones que el esfuerzo acometía eran más ásperos.

El prognatismo que se acusa en Alfonso VIII, el de las Navas, ha constituido tras él, por herencias y entronques familiares, una anomalía facial en las dinastías de Europa, cuyo origen el doctor Aguilar señala seguramente en Castilla. Un estudio iconográfico amplio y concluyente conduce a la prueba documental, que resulta irrefutable. La investigación personal va aclarando las dudas que pudieran surgir a través de las rendijas de la teoría; y al cabo, ésta nos ofrece esa serenidad y aquel valor definitivo de un hecho probado.

Pero importa mucho afirmar que el autor que llevó a cabo tan interesante y detallada recopilación ha obtenido una conclusión formal, tan importante como aquélla: el prognatismo que los monarcas de Castilla expandieron por todas las dinastías de Europa no constituye un estigma degenerativo. En sus múltiples visitas a sanatorios y manicomios, a hospitales, cárceles y centros de observación donde están reclusos epilépticos y alcohólicos, degenerados y neuróticos, no encontró jamás un solo prognático.

Más aún: algunas autoridades científicas a quienes el vizconde de Casa Aguilar pidió datos de los sujetos con prognatismo que hubieran pasado por las clínicas de observación, no pudieron facilitarle el ejemplo de un solo caso. Un caso, o pocos más, que después de haber sido advertidos no habrían podido influir en una estadística tan minuciosa, que en lo histórico se remonta a setecientos años y en lo actual a centenares de establecimientos, donde el investigador buscó con aquel celo meticuloso del artífice que talla los más claros diamantes.

Después, el creador de la Odontología española aun se vuelve cariñosamente hacia la doctrina que ha levantado, y para convertirla en axioma halla que a falta de degenerados o malvados que no existen con facies prognática, entre las grandes figuras de la Historia, cuyo maxilar inferior saliente fué una anomalía fácil de advertir, destacan Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Voltaire, Wágnier y tantos otros. Es decir, que el prognatismo racial y su consecuencia, el hereditario, no significan otra cosa sino una anomalía a la que no puede buscarse ninguna causa endocrina. Pero esta anomalía ha venido a ser la lección de la Odontología, que, elevada justamente a la dignidad de ciencia, tiene ya en la práctica habitual una corrección fácil con la aplicación de aquellas leves y reiteradas presiones, que al actuar sobre los dientes del maxilar inferior modifican la articulación. He ahí cómo una investigación profunda y dilatada de aquel proceso teratológico, que se puede llamar histórico sin recelo, contribuye hoy a aportar a los especializados una base preciosa de estudio. Esa conferencia del maestro y sus lecciones durante tantos años han labrado el surco donde ha prendido la cosecha magnífica de la actual generación de odontólogos españoles.

Para el doctor Slocker, espíritu finamente cultivado y sensible, la Odontología hispana depende de una oliva: aquella aceituna que Florestán Aguilar pinchó con los dardos de su tenedor para ofrecérsela a Calleja en el balneario de Alhama.

Fué allí, en la mesa del comedor, donde el presidente del Consejo de Instrucción pública quedó preso por la tenacidad del futuro académico. Luego... la lucha intensa, que es batallar donde se forjan todos los sinsabores, y tardíamente se cosechan algunas satisfacciones espirituales. Con un regalo íntimo de todas las jornadas: el de la compañera cristiana que es estímulo y apoyo, y fe, y aliento, en un porvenir que compensará de tantos esfuerzos.

Un día brota una concepción atrevida. Darla forma, tras exponerla en presencia de los representantes de los Poderes públicos, significa ya un atrevimiento. Pero todos los obstáculos son alicientes hermosos cuando el que quiere salvarlos siente viva la llama del entusiasmo científico. Y Florestán Aguilar, que escucha sonrisas displicentes al comienzo, urde ese tinglado oficial del que ha de brotar la Ciudad Universitaria, que será, en el más próximo porvenir, el foco luminoso de la cultura patria.

En los proyectos de construcción de la Ciudad Universitaria, como en la gestación de la carrera de Odontología—una Junta constructora y una aceituna fuertemente pinchada—, acaso haya muchos puntos de heroico contacto.

A. MARTIN FERNANDEZ

El ilustre doctor don Florestán Aguilar, vizconde de Casa Aguilar, que con toda solemnidad ha sido recibido miembro de la Academia Nacional de Medicina